

origen de todos los males de la sociedad.

Levanta y dexa ese acomodado lecho para que recorriendo las diversas escenas que presenta el miserable mundo, veamos si alguna de ellas puede darte idea de quanto te he manifestado. Acudamos, amigo, á esas reuniones de gentes á que llaman tertulias: ¡Mas qué es lo que aquí se nos presenta! O yo me engaño, ó esta es una de ellas. ¡Qué multitud de Señoras tan ricamente adornadas! ¡Qué porcion de jóvenes las enamoran y las dicen mil simplezas! Pero qué, ¿te disgustas de este espectáculo? No, amigo, es necesario paciencia y observar. Parémos nuestra consideracion en aquel jóven militar que quiere singularizarse entre los concurrentes. ¿No ves qué elgreído está con su figura, con sus pretendidas gracias y pueriles adornos? Seguramente no estaria Homero tan complacido con su Iliada, ni Virgilio con su Eneyda, como lo está ese Oficialito con el sombrero elástico debaxo de su elegante brazo. Ved como varia á cada instante las diferentes posturas en que coloca su afeminado cuerpo: ya se pone como rendido á los pies de una dama; ó ya desdenoso cree que ninguna merece los obsequios de su interesante persona. Al punto que oye á los músicos templar sus instrumentos, suelta con elegancia su arrastrador sable y vocera como un energúmeno: «en bayle... en bayle... los nombrados.» Mira tambien cómo se coloca en primer pareja. Empiezan á tocar los músicos... no le parece bien, y les hace volver á empezar tres ó quatro veces. Habla al oido á la compañera, y le dice que aquellos son unos pobres hombres; que á no ser por su exquisito gusto, no hubietan jamas tocado cosa buena; que anteriormente les tenia dada una contradanza para aquella noche. Así continúa hablando una porcion de necedades, y atribuye á poca habilidad de los músicos, lo que solamente es efecto de su ignorancia é impericia. Se principia á baylar la contradanza, y el Señor mio aun no ha subido segunda vez, quando encuentra un nuevo motivo de singularizarse y llamar la atencion de la tertulia. Mira con qué gracia se quita el ayroso pañuelo de su almidonado cuello, y cómo ruega á su compañerita para que se lo ate al izquierdo brazo. Esta condesciende, y cree el Señor

